

## NUESTRO SER DIACONAL

Hugo Montes B.

Cuarenta años en la historia de la Iglesia es muy poco. Menos de un siglo, ni siquiera medio siglo: Casi nada. Para los que somos testigos y parte de estas cuatro décadas, sin embargo, son toda una vida, nuestra vida. ¡Cuántos esfuerzos, cuántos sueños, cuantas ilusiones a veces frustradas, muchas veces exitosas, en este tiempo!

Ayer escuchábamos las cifras. Somos más de 800 los diáconos en Chile. Los hay en todas las diócesis del país; en varias superamos numéricamente a los sacerdotes. Últimamente las ordenaciones anuales lindan con el número 20. Dicen que en el mundo somos más de 30.000. Se nos dice también que somos una esperanza en la Iglesia, y más que eso una feliz realidad, una esperanza que ha empezado a cumplirse.

El pueblo va conociéndonos. La palabra diaconía no es tan extraña como antes. Se nos distingue en el altar por la estola cruzada y, quizás, más por lo que no hacemos – la misa, la confesión – que por lo que hacemos. Tenemos el respeto de los que nos conocen bien, pero muchos todavía se preguntan por lo que somos. Suele causar extrañeza que después de una liturgia salgamos con la esposa y los hijos. Es que no somos sacerdotes, debemos explicar, no se escandalicen. Pasamos por curitas con señora. Alguna vez una religiosa me dijo “así qué gracia, tienen lo bueno por lado y lado”

La Jerarquía se ha preocupado de nosotros. Nos dio vida en el Concilio Vaticano II. Benedicto XVI nos relacionó explícitamente en la Encíclica “Dios es amor” con los siete varones justos, de buena fama, llenos de Espíritu, que aparecen en los Hechos de los Apóstoles. La Congregación para la educación católica dictó unas “Normas Básicas de la formación de los diáconos permanentes” y la Congregación del Clero un “Directorio para el ministerio y la vida de los diáconos permanentes”. Juan Pablo II se refirió a los diáconos en las Audiencias Generales del 6, 13 y 20 de octubre de 1993. Nuestra Conferencia episcopal, ya en 1982, redactó el documento “Orientaciones para el Diaconado Permanente de Chile”. Últimamente el CELAM, reunido en Aparecida, se refirió en un apartado especial al diaconado permanente.

Esto y tantos otros textos que podrían citarse son siempre elogiosos y muestran la confianza a la vez que la esperanza de las autoridades eclesíásticas en nuestro ministerio. Agradecámoslas y no las defraudemos.

Teniendo presentes tales documentos y la experiencia personal a la vez que de varios de nosotros durante estos 40 años, pretendemos precisar nuestro ser y nuestro quehacer diaconal. Más que una mirada al pasado, nos importa una visión prospectiva. Qué es lo esencial e ineludible de la diaconía y cómo este ser específico se ha de proyectar en el Chile de hoy y de mañana. Soñamos ser conocidos y reconocidos antes que teóricamente, por la praxis cotidiana. No nos basta la definición; buscamos sobre todo la vivencia aquí y ahora de nuestro ser. Si el quehacer no muestra el ser, de poco servirá el reconocimiento teórico de lo que somos. Ya la buena doctrina es un don de Dios. Pero, si cabe, regalo mayor

es su puesta en práctica, porque el bien lo hace en y por medio de nosotros el Señor mismo: Si el Señor no edifica la casa en vano trabajan los constructores, y de sobra vigilan los guardias si el Señor no cuida la ciudad.

Lo primero es que fuimos elegidos; no nos elegimos nosotros. Se nos llamó y aceptamos el llamado. ¿Elegidos para qué, qué llamado? Sabemos la respuesta: para servir, no para ser servidos. Luego nos preparamos para que esta respuesta impregnara nuestra vida y fuera una realidad. Estudiamos, oramos, leímos, meditamos, asistimos a clases, nos entrenamos en terreno, nos comprometimos... y sobre todo procuramos saber hasta que punto Jesús había asumido con dolor y con gozo la misma tarea. Entonces y solo entonces nos pusimos delante y a los pies de nuestro obispo y le pedimos su bendición.

De él recibimos hartos más que una bendición. Con báculo y mitra, es decir manifestando la plenitud de su poder episcopal, nos confirió el sacramento del Orden. Nos integró a su quehacer apostólico, nos puso a su lado para que lo ayudáramos a la manera que 2000 años atrás siete varones justos ayudaron a los apóstoles; nos hizo partícipes de la jerarquía oficial de la Iglesia. Fuimos ordenados para el servicio, no para el sacerdocio. El sacramento no nos hace presbíteros, sino diáconos. Somos los más pequeños en esta tríada jerárquica, a la cual pertenecemos plenamente. La tarea es dar antes que recibir o acumular. Y dar con entusiasmo, no con mera resignación o cara larga, porque “hay más alegría en dar que en recibir”. Nuestras manos se extienden en gesto de entrega, la puerta se abre para acoger, se ensancha el corazón para dar cabida cordial a cuantos solicitan amparo.

Más todavía. Salimos a buscar a los que, por no conocernos o no conocer sus propias carencias, no acuden a nosotros; a quienes quizás nos esquivan. No somos sedentarios, sino nómades, itinerantes que marchamos tras la ovejita extraviada y no descansamos hasta hallarla y cargarla en los hombros para volverla felices al redil. Nos cansamos pero no desmayamos, sufrimos sin desesperarnos; buscamos con la certeza de encontrar.

El oficio no es de comodidad, sino de esfuerzo y sacrificio. Más cómodo es esperar a los que llegan que ir a buscar a los que faltan. Pero, ¿para qué salir si apenas podemos atender a los que vienen? Respondamos con el ejemplo y la palabra de Jesús: “Vayan, anuncien, bauticen en Judea y Samaria, y hasta en los confines de la tierra... los envío como el Padre me envió... Sigamos más allá y yo predicaré también allí. He salido para esto precisamente”. Como rabino, Jesús tenía discípulos y bien pudo disponer de una sede para enseñarles. De hecho en la casa de Cafarnaún recibe a muchas personas, pero de ahí sale a los pueblos de Galilea, a las orillas del lago, a las llanuras o al pie de las montañas. A veces lo detienen en el camino y a menudo entra en los hogares. La parábola de la oveja perdida recién evocada simboliza el celo de Jesús para buscar a los suyos donde se encuentren.

Esta salida no implica necesariamente un desplazamiento espacial. Hace muchos años el Cardenal Suhard llamó a los fieles a misionar en su propia diócesis, París. Igual hizo en Santiago, el Cardenal Oviedo. Implica sí un cambio de actitud, un salir de lo habitual y de lo que muchos hacen. El diácono no ha de temer acercarse a situaciones fronterizas, poco holladas, nuevas, incluso de

riesgo. ¿Cuánto de nuestro tiempo, por ejemplo, lo empleamos en conversar con personas en situaciones límites de pobreza o de moralidad? Pensamos en los “campamentos” urbanos, en las cárceles, en los adictos a las drogas, en homosexuales, en los que viven en pareja al margen del matrimonio. ¡Cómo amó Jesús a los marginados! ¡Cómo los integró incluso en su círculo de amigos y discípulos! Lo acusaban de andar con los pecadores y de ir a comidas de gente de mala fama. Igual que a El, nos esperan muchos jóvenes para recibir una orientación en la vida, para encontrar trabajo y saber de horizontes más amplios y hermosos que los que su entorno les ofrece. ¿Cómo defraudarlos y dejarlos esperando? Es muy probable que en su angustia acudan a personas de otros credos dispuestos a darles la ayuda de la que nosotros los privamos.

Pasamos muchas horas en reuniones repetidas y aburridas, en el templo o en las oficinas parroquiales. Hay que dar un giro al uso de nuestro tiempo. Hay que ser más creativos, más libres, menos rutinarios. Nos falta audacia, valentía para arriesgarnos, para criticar lo que no sirve, para proponer cambios. Somos de la mañana y de la luz, no de la sombra ni de la noche. Los tibios son arrojados de la boca de Dios.

Estamos para servir, no para ser servidos. Y para servir en un rango menor. Lo sabemos y corremos el riesgo de haberlo oído tantas veces que la expresión ya no nos altera. Es peligroso acostumbrarse a lo grande. Para sacudir la rutina enervante y enceguecedora, son necesarias dos cosas. La primera y más simple es comparar el afán de servir propio del diácono con lo que de hecho propone el mundo. Abramos el diario o prendamos la televisión. Veremos que minuto a

minuto se invita a poseer más bienes materiales, a gozar sin escrúpulos, a ganar dinero, a viajar ojalá a playas lujosas, a vestir con elegancia, a subir a la cúspide del éxito. Un programa, así, de vida farandulesco totalmente contrario al que nos propone la iglesia de Jesús: Escojan los últimos lugares, el que ama su vida la perderá, bienaventurados los pobres y los de corazón puro, amen a todos incluso a los enemigos. Lo enseña el apóstol Pablo: “No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad” (Rom. 12, 2)

No somos del mundo; estamos en él para cambiarlo. Nuestra diaconía es anuncio de una posibilidad de vida antagónica, dichosa, servidora de las personas y del pueblo. Cualquier cosa, por lo mismo, menos acomodarnos a él y aceptar sus propuestas. Esto no ha de ocurrir tanto con un No cuanto con la entrega de un mensaje positivo en que la generosidad supere al egoísmo y el servir a ser servido, la esperanza al desconcierto o la desesperación.

La segunda manera para sacudir la rutina que olvida el ardor del corazón y el celo por los demás, estriba en un cabal acercamiento a las personas que nos necesitan. El apostolado no se hace a la distancia; se hace en el abrazo, en la mirada directa y penetrante, en y desde la necesidad de la gente.

Una vez más , Jesús es el ejemplo. El no rehuyó a las mujeres ni a los niños, tan postergados en una sociedad patriarcal, sino los puso a su lado y los presentó como ejemplo. En la predicación del reino mostró al Padre misericordioso que hace salir el sol y caer la lluvia sobre justos y pecadores. Acogió a quienes lo buscaban de noche por temor a sus cofrades, dedicó las horas mejores de la tarde

para retirarse con los apóstoles y escuchar el relato de su actividad misionera. Comió con pecadores y alojó en casa de Zaqueo, publicano de pésima fama . Sanó a los enfermos, resucitó a tres personas fallecidas, expulsó a los demonios. A todos acudió con lo que más necesitaban: dio pan a los que tenían hambre, compañía a los solitarios, perdón a los pecadores. Puso sus ojos sobre quines se acercaban y los alteró definitivamente: Vio a la muchedumbre y se conmovió, al joven rico y lo amó, a Pedro que lo negaba y le recordó la triple negación, a su madre y la encomendó a Juan. Jesús no amaba en abstracto ni sabía de las necesidades por las estadísticas. Este es uno de los mayores riesgos hoy día: Transformar a las personas en cifras y porcentajes, y decir a lo sumo qué lástima, cómo nadie hace nada por ellas, para qué está el Gobierno.

El documento conclusivo de Aparecida habla muy claro sobre esto. Nos pide “dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida y, buscando, desde ellos, la transformación de su situación” (397). Y en el acápite siguiente insiste sobre la amistad con los menesterosos: “Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres” (398).

La ordenación sacramental no basta. Ella nos capacita y oficialmente nos hace ministros en la Iglesia, pero al mismo tiempo nos compromete y nos responsabiliza. Ser dignos de ella obliga a la coherencia y a ser consecuentes a

través de una vida distinta. El sacramento no opera automáticamente sino a través de una opción generosa nos pone en el camino del servicio apostólico. El reinado del Padre es liberador y no opresor, alegre, dador de felicidad. Está todavía como tesoro oculto y como semilla pequeña. Nuestra tarea es ponerlo en descubierto, desvelarla y hacerlo germinar, primero en nosotros y nuestro entorno familiar y de trabajo, luego en los demás.

Desde este interior convertido saldrá la palabra, ella procede de la abundancia del corazón. Jesús habla sin citas eruditas, en un lenguaje sencillo no académico ni abstruso. Pone ejemplos que los campesinos y los pescadores podían captar con facilidad. Así la parábola del sembrador, la invitación a ser pescadores de hombres, y a la justicia y la generosidad de los padres de familia que dan a sus hijos un huevo o un pan y no un escorpión ni una serpiente. Jesús habla desde sus auditorios, en sus bodas y en sus banquetes, a distintas horas, con ternura no menos que con fuerza, siempre con claridad. Este lenguaje supone un cabal conocimiento de la realidad de quienes lo escuchan. No parte de él, sino de ellos. Tal sencillez es cuidada y hermosa, profunda, trascendente. También es cordial, cariñosa, compasiva. Está traspasada de preguntas que suscitan el diálogo y obligan a reflexionar.

Debemos aprender este modo de enseñar, conversando y predicando desde el interés del otro, de lo que el otro tiene y de lo que carece, de lo que puede y debe proyectar en su vida. Jamás lo humano puede sernos ajeno o lejano. El culto sagrado es importante pero no es lo único que merece nuestra atención. Es bueno motivar la práctica de los sacramentos, vehículos normales de



la gracia de Dios, pero hay un sacramento que no está en la lista que todos conocemos: es el sacramento de la justicia y del amor. También se expresa con signos sensibles, como el escuchar y el mirar, el acompañar y el querer, y nos asegura también la recompensa ofrecida por Jesús a los que aman de corazón. En la marcha hacia la identificación con los marginados no podemos ser autocomplacientes contentándonos con llegar a medio camino. Jesús nos amó hasta el extremo. Ese amor máximo es el que debemos hacer pasar a quienes no saben de él, a los miles y miles que no han saboreado en su vida el amor verdadero. Sintámonos deudores mientras quede en nuestro entorno sólo uno de estos desamparados.

---

En gran mayoría los diáconos permanentes somos casados. Antes de recibir el sacramento del Orden habíamos recibido el sacramento del matrimonio. Sabemos cuánta responsabilidad implica esta situación. ¡Y cuánta alegría y a la vez cuántas preocupaciones! Hay que llegar a fines de mes con las cuentas en azul, hay que colaborar en los quehaceres domésticos y procurar la mejor educación de los hijos. La esposa a menudo trabaja fuera del hogar igual que el marido. Y así como ambos contribuyen a los gastos comunes, en común deben asumir las tareas de la casa y de la familia.

No lo decimos con la cara larga ni como excusa para justificar eventuales deficiencias en el servicio diaconal o en el doméstico. Por el contrario, lo decimos con alegría y con sano orgullo: la iglesia nos llama sabiendo nuestras limitaciones

y que tenemos el corazón dividido, porque bien sabe también que a la postre todo proviene de un solo amor y remata en el mismo y único amor que es el de Dios: “Deus caritas est”. Vamos a los demás desde el amor matrimonial, no a pesar de él. Y vamos enriquecidos con la experiencia del servicio a la esposa y a los hijos, dando el testimonio de que es posible la entrega al prójimo en la pareja de esposos. El celibato es algo grande que facilita entregarse con toda libertad al anuncio del Reino; pero también es grande el matrimonio, que muestra hasta que punto puede llegar el amor humano: a la identificación en uno de los que son dos. Esta compatibilidad entre matrimonio y servicio al pueblo de Dios es un don que todos agradecemos a nuestra Iglesia, igual que agradecemos también el trabajo de muchos laicos como agentes de pastoral de casados.

La comunidad a que natural y primariamente pertenecemos es la generada en el matrimonio. La iglesia bendijo nuestro amor y solemnemente nos hizo proclamar el compromiso de ser uno y de convivir con fidelidad en lo favorable y en lo adverso. Fortalecidos con la gracia sacramental, damos testimonio de una vida de entrega mutua basada, más allá de las obligaciones legales, en el amor que se prolonga hasta el fin de nuestros días y – lo creemos – se proyecta hasta la eternidad. En esta comunidad la humanidad crece y se multiplica, y en ella normalmente el varón y la mujer son condecorados con el título mayor de padre y madre. Estamos orgullosos de ser esposos y padres de familia. Nuestro trabajo diaconal cobra un sello propio de presencia en el mundo en que vivimos. Mujer e hijos nos acompañan en esta tarea y constituyen un gran apoyo y llegamos al quehacer de servicio con una experiencia de enorme utilidad que nos acerca

sicológica y sociológicamente a quienes forman o procuran formar sus propias comunidades familiares.

En particular la esposa ha de ser una con su cónyuge también en el ejercicio del diaconado. Si comparten la vida del hogar, las preocupaciones, el dinero, la formación de los hijos, ¿cómo no van a compartir también el servicio diaconal? Ella participa del diaconado por ser una con su esposo. Su aprobación y la de los hijos mayores es requisito necesario para la ordenación sacramental. Y de alguna manera este consentimiento se prolonga durante toda la vida del matrimonio. Aunque más de una vez se ha hablado en la iglesia de diaconisas, o sea de mujeres que reciben directamente el sacramento del Orden , lo recién dicho no apunta a esa posibilidad. Se trata de otra cosa, a saber, de la participación de la esposa en su calidad de tal en la diaconía del marido, atendida la realidad del matrimonio, que hace uno a ambos contrayentes. El Señor llama a las esposas para que las puertas del hogar estén siempre abiertas a los que buscan bondad; para que siempre estén prontas a partir el pan de su mesa con los más desamparados; para que juntos con sus esposos, luchen por construir un mundo nuevo, en la verdad, la justicia y el amor.

La familia es el ámbito primero de la religiosidad. De padres a hijos se transmiten las prácticas de oración, el conocimiento bíblico, la vigencia de valores y aun el acatamiento de la moral cristiana. Allí los niños crecen en el respeto y ojalá en el amor a Dios, a su Hijo Jesús y a la Virgen María. El ingreso a la comunidad eclesial ocurre en el bautismo, el que según una costumbre que felizmente se conserva viva concurren los padres, hermanos y abuelos, no menos

que amigos personales de los familiares. La institución del compadrazgo es valiosa y habría que darle su pleno sentido de apoyo natural y sobrenatural que enseña la Iglesia. La recepción de otros sacramentos, especialmente de la eucaristía, afianza y desarrolla la pertenencia a la Iglesia. También la educación formal de escuela, liceo o universidad. Tras ella la solicitud paterna es fundamental. Por eso la diaconía se ha de ejercer en primer término en la familia propia. De ahí que de alguna manera el diaconado es, a lo menos inicialmente, servicio ambiental.

Es bueno celebrar un aniversario importante como este de 40 años. Pero – antes lo dijimos – no sólo para recordar, sino también y sobre todo para actualizar y proyectar cada día mejor nuestro compromiso diaconal. De alguna manera, como el amanecer diario es siempre distinto, el diácono debería estar inaugurando día a día su ministerio. Siempre es el mismo, pero nunca es igual si lo ejercemos con el espíritu que renueva la faz de la tierra. Importa estar inaugurando siempre el quehacer iniciado en Chile hace ocho lustros. Todo deberíamos estar haciéndolo como si fuera la primera vez, admirados y agradecidos de servir en el altar, en los hogares, en el trabajo. Quien pierde la capacidad de admiración corre el riesgo de repetir mecánicamente gestos y palabras en las que ya no pone su corazón. Sin encantamiento no se puede encantar a nadie. Cuentan que un sacerdote mayor, ya muy enfermo, dice al joven que lo asiste que le pide un consejo: “Padre no se acostumbre a decir la misa”.

No nos habituemos los diáconos a bautizar o bendecir, a predicar, a acercarnos a los que piden nuestra vecindad. Si la sal se vuelve insípida ¿con qué

le volverán el sabor? Todos deberíamos ser un fuego que enciende otros fuegos. Cristo vino a traer fuego a la tierra y no quiere sino que arda. Los discípulos que iban a Emaús, tristes y desesperanzados después de la muerte del Maestro, sintieron arden su corazón al oír al resucitado. Los tibios son arrojados a la boca de Dios. El profeta Jeremías vivió intensamente este ardor: "Había en mi interior como un fuego abrasador, enclavado en mis huesos; yo me esforzaba por contenerlo, pero no podía". Es que se había prendado del Señor. Le dice algo que deberíamos leer y releer y sobre todo hacerlo propio: "Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir" (20, 7 a 9).

Queridos amigos: Estamos empeñados en una batalla de liberación. Chile y la Iglesia nos necesitan para liberar a muchos compatriotas de su egoísmo, de su falta de solidaridad, del encierro en que viven satisfechos de su nombre y su dinero; liberar a los drogadictos de su adicción humanamente insuperable, a miles de jóvenes de la irresponsabilidad con que llevan su vida sexual al margen del matrimonio civil o religioso y aun de un mínimo de estabilidad en la pareja; a muchos pobres del hambre, de las injusticias que profanan su dignidad, de la falta de trabajo y de esperanzas de una vida mejor. Estamos empeñados en hacer de nuestro Chile un país fraterno, auténticamente cristiano. Un país con alma, como diría el recordado Cardenal Raúl Silva Henríquez, centrado en la apertura al Reino de Dios, con visión de trascendencia, alegre, solidario, cordial Ese país soñado

debe transformarse en el país real a través de nuestra diaconía. No temamos, el señor Jesús está con nosotros y la Santísima Virgen María, patrona de Chile, nos protege. Dejémonos tocar por sus manos santas y pidámosle que ellas nos modelen como discípulos y misioneros.